

mente un mediador que intercediese por él. Eligió al efecto al embajador de España Azara, conocido por su talento y afición á la Francia y ministro de una potencia amiga. Ya había negociado antes por el duque de Parma, y llegó á Bolonia para poner la tiara á los pies de la república vencedora.

Bonaparte, constante en su proyecto de no trastornar ni edificar aún nada, exigió por entonces que quedasen independientes las legaciones de Bolonia y Ferrara, que recibiese guarnición francesa la ciudad de Ancona y que el papa diese veintidós millones, trigas, ganados y cien cuadros ó estatuas, condiciones que fueron aceptadas. Bonaparte habló mucho con el ministro Azara, y le dejó entusiasmado. Escribió una carta al célebre astrónomo Oriani en nombre de la república, pidiéndole tener con él una conferencia; pero este modesto sabio se turbó á la vista del joven vencedor y le rindió homenaje con su encogimiento.

Nada omitió Bonaparte para honrar á la Italia y despetar su orgullo y patriotismo; no era un conquistador feroz que iba á asolarla, sino un héroe de la libertad que trataba de reanimar la antorcha del genio en la antigua patria de la civilización. Dejó allí á Monge, Bertholet y los hermanos Thouin enviados por el Directorio para escoger los objetos destinados á los museos de París.

El día 8 mesidor (26 de junio) pasó el Apenino con la división Vaubois y entró en Toscana. Intimidado el duque, le envió á su ministro Manfredi, á quien Bonaparte tranquilizó sin declararle sus intenciones. Entretanto su columna se dirigió á marchas forzadas á Liorna, donde penetró de improviso, apoderándose de la factoría inglesa. Prendió al gobernador Spannochí, le encerró en una silla de postas y le envió al gran duque con una carta en que le explicaba los motivos de este acto hostil en una potencia amiga. Decía al gran duque que su gobernador había faltado á todas las leyes de la neutralidad, oprimiendo al comercio francés y dando asilo á los emigrados y á todos los enemigos de la república; y añadía que por consideraciones á su autoridad le confiaba á él mismo el cuidado de castigar á un ministro infiel. Este enérgico acto probaba á todos los Estados neutrales que el general francés vigilaría á falta de quien no supiera hacerlo.

No se habían podido apresár todos los buques ingleses, pero su comercio experimentó pérdidas considerables. Bonaparte dejó guarnición en Liorna, y designó comisionados que se hicieran cargo de todo lo perteneciente á los ingleses, austriacos y rusos. En seguida pasó personalmente á Florencia, donde el gran duque le recibió ostentadamente; y después de haber permanecido en ella algunos días, volvió á pasar el Po para dirigirse á su cuartel general de Roverbella, cerca de Mantua.

De esta suerte en veinte días y con sólo una división escalonada en la derecha del Po, pudo infundir respeto á las potencias de Italia, dejándole todo tranquilo para las nuevas luchas que debía sostener contra la potencia austriaca.

Mientras que el ejército de Italia llevaba á cabo tanta gloria la misión que le había sido impuesta en el plan general de campaña, los ejércitos de Alemania no habían podido aún ponerse en movimiento: la difícil-

dad de organizar sus almacenes y de adquirir caballos les tuvo hasta entonces en la inacción. Austria, por su parte, que hubiera debido tener mayor interés en tomar bruscamente la iniciativa, procedió con inconcebible lentitud en sus preparativos, y no se halló dispuesta á comenzar las hostilidades hasta mediados de pradiel (principios de junio). Sus ejércitos se hallaban bajo un pie formidable y eran muy superiores á los nuestros; pero los triunfos que alcanzamos en Italia le habían obligado á destacar á Wülmser con treinta mil hombres de sus mejores tropas del Rhin, para ir á buscar y reorganizar los restos de Beaulieu. Así, pues, además de sus conquistas, el ejército de Italia prestaba el importante servicio de separar los ejércitos de Alemania. El consejo áulico, que había resuelto tomar la ofensiva y trasladar el teatro de la guerra al seno de nuestras provincias, no pensó ya desde entonces sino en mantenerse á la defensiva, oponiéndose á nuestra invasión. Hasta hubiera querido dejar subsistir el armisticio; pero había terminado ya, y las hostilidades debían comenzar el 12 pradiel (31 de mayo).

Ya hemos dado una idea del teatro de la guerra: el Rhin y el Danubio, que parten, uno de los grandes Alpes de Suabia, después de acercarse en las cercanías del lago de Constanza, sepáranse para dirigirse, el primero hacia el Norte y el segundo al Oriente de Europa. Dos valles transversales y casi paralelos, los del Mein y del Nécker, forman en cierto modo dos salidas para llegar, á través de los Alpes de Suabia, al valle del Danubio, ó para venir desde este último al del Rhin.

No eran entonces tan conocidos como ahora, gracias á los grandes ejemplos, este teatro de la guerra y el plan de operaciones que exige. Carnot, que dirigía nuestros planes, formó una teoría según la celebre campaña de 1794, que tanta gloria le había valido en Europa. En aquella época, el centro del enemigo, atrincherado en el bosque de Mormales, no podía ser desalojado, y en vista de ello fueron atacadas sus alas, lo cual le obligó después á retirarse. Este ejemplo se grabó en la memoria de Carnot: dotado de un genio innovador, pero sistemático, imaginó una teoría según aquella campaña, y estaba persuadido que era preciso operar siempre á la vez sobre las dos alas de un ejército, tratando constantemente de dividirlos. Los militares han considerado esta idea como un verdadero progreso, y ya muy preferible al sistema de cordones que tiende á atacar al enemigo en todos puntos; pero habíase convertido en el espíritu de Carnot en un sistema fijo y peligroso. Las circunstancias que se ofrecían aquí le inducían más aún á seguirle. El ejército de Sambre y Mosa y el del Rhin y Mosela se hallaban situados ambos en el Rhin, en dos puntos muy distantes uno de otro; y dos valles partían de estos puntos para desembocar en el Danubio. Estos eran motivos muy suficientes para que Carnot formase á los franceses en dos columnas, una de las cuales remontaría por el Mein, mientras la otra lo haría por el Nécker, á fin de caer ambas sobre las alas de los ejércitos imperiales, obligándoles á retroceder hacia el Danubio. Así, pues, prescribió á los generales Jourdan y Moreau que saliesen el primero de Dusseldorf y el segundo de Estrasburgo para avanzar aisladamente por Alemania. Formarse en dos ejércitos era, según lo ha observado un gran capitán y crítico y lo han demostra-

do después los hechos, dejar y sugerir al enemigo la idea de destruir con el total de sus fuerzas uno de los dos cuerpos. Clerfayt había poco más ó menos empleado esta maniobra en la anterior campaña, rechazando primero á Jourdan al bajo Rhin, y dirigiéndose después á atacar las líneas de Maguncia. Aunque el general enemigo no fuese hombre de distinguido talento, se le obligaba con esto á seguir este plan, inspirándole el pensamiento que hubiera debido merecer el genio.

La invasión concertóse, pues, según este plan erróneo, no estando mejor concebidos tampoco los medios de ejecución. La línea que separaba los ejércitos subía por el Rhin desde Dusseldorf hasta Bingen á Mannheim por la falda de los Vosgos y seguía al Rhin hasta Basilea. Carnot quería que el ejército de Jourdan, saliendo por Dusseldorf y la cabeza del puente Neuwied, se dirigiese en número de cuarenta mil hombres á la orilla derecha para atraer á ella al enemigo, y que el resto de este ejército, que tenía veinticinco mil hombres, saliendo de Maguncia á las órdenes de Marceau, subiese el Rhin, y desfilando por detrás de Moreau pasase ocultamente el río por las inmediaciones de Estrasburgo. Reuniéronse los generales Jourdan y Moreau para manifestar al Directorio los inconvenientes de este proyecto, pues Jourdan, que sólo tenía cuarenta mil hombres en el bajo Rhin, podía ser oprimido y deshecho, mientras el resto de su ejército perdería incalculable tiempo en subir por Maguncia hasta Estrasburgo. Mucho más natural era verificar el paso hacia Estrasburgo por la extremidad derecha de Moreau, porque este modo de proceder podía ser tan secreto como el otro, sin que hiciera perder un tiempo precioso. La modificación fué admitida; y Jourdan, aprovechándose de las dos cabezas de puente que tenía en Dusseldorf y Neuwied, debió pasar el primero para atraerse al enemigo, y distraer así la atención del alto Rhin, donde Moreau tenía que efectuar el paso á viva fuerza.

Puestos de acuerdo en este plan, se prepararon á ponerle en ejecución. Los ejércitos de ambas naciones eran casi iguales en fuerzas: desde la salida de Wülmser, los austriacos tenían en toda la línea del Rhin ciento cincuenta y tantos mil hombres, acantonados desde Basilea hasta las cercanías de Dusseldorf; y los franceses reunían otros tantos, sin contar cuarenta mil hombres destinados á guardar la Holanda, y sostenidos á sus expensas. Había, sin embargo, una diferencia entre ambos ejércitos: los austriacos tenían en sus ciento cincuenta mil hombres unos treinta y ocho mil de caballería y ciento quince mil de infantería; mientras que los franceses contaban más de ciento treinta mil de estos últimos, y sólo de quince á diez y ocho mil caballos, cuando más. Esta superioridad daba á los austriacos una gran ventaja, sobre todo para las retiradas; y además tenían otra, cual era la de estar mandados por un solo general. Desde la marcha de Wülmser, los dos ejércitos imperiales se hallaban bajo las órdenes supremas del joven archiduque Carlos, que se había distinguido en Turcoing, y de cuyo talento se esperaba mucho. Los franceses tenían dos generales excelentes, pero que obraban por separado, á gran distancia uno de otro y bajo la dirección de un gabinete que estaba á doscientas leguas del teatro de la guerra.

El armisticio expiraba el 11 pradiel (30 de mayo).

Las hostilidades comenzaron por un reconocimiento general de todos los puestos avanzados: el ejército de Jourdan se extendía, como ya sabemos, desde los alrededores de Maguncia hasta Dusseldorf; en este último punto tenía una cabeza de puente para pasar á la orilla derecha, y podía remontar después entre la línea de la neutralidad prusiana y el Rhin hasta las orillas del Lahn, para dirigirse desde aquí al Mein. Los austriacos tenían quince ó veinte mil hombres diseminados, á las órdenes del príncipe de Wurtemberg, desde Maguncia á Dusseldorf. Jourdan hizo avanzar á Kléber por este punto con veinticinco mil hombres: Kléber obligó á los austriacos á replegarse, los batió el 16 pradiel (4 de junio) en Alterkirchen, y remontó la orilla derecha entre la línea de neutralidad y el Mein. Llegado á la altura de Neuwied, y cuando hubo cubierto este desfiladero, Jourdan, aprovechándose del puente que tenía en aquel punto, pasó el río con una parte de sus tropas y fué á reunirse con Kléber en la orilla derecha, encontrándose así con cuarenta y cinco mil hombres sobre el Lahn en 5 de junio. Había dejado á Marceau con treinta mil hombres delante de Maguncia. El archiduque Carlos, que se hallaba hacia este punto, al saber que los franceses volvían á comenzar la excursión del año anterior y desembocaban aún por Dusseldorf y Neuwied, dirigióse con una parte de sus fuerzas á la orilla derecha para oponerse á su marcha. Jourdan se proponía atacar al cuerpo del príncipe de Wurtemberg antes que recibiese refuerzo; pero obligado á diferirlo un día, perdió la ocasión y fué atacado él mismo en Wuétzlar el 19 (7 de junio). Bordeaba el Lahn, apoyando su derecha en el Rhin y su izquierda en Wuétzlar. El archiduque, cayendo con el grueso de sus fuerzas sobre este último punto, batió su extrema izquierda, formada por la división Lefebvre, obligándola á retirarse, mientras que Jourdan, derrotado en la izquierda, veíase en la precisión de apoyarse en su derecha, que tocaba en el Rhin, y hallábase así impelido hacia este río. Para no ser precipitado en él, debía atacar al archiduque, y al efecto era preciso empeñar la batalla, con el Rhin á la espalda. De este modo se exponía, en el caso de ser vencido, á no poder ganar sin dificultad sus puentes de Neuwied y Dusseldorf y acaso á sufrir una derrota lamentable.

La batalla era, pues, peligrosa y hasta inútil, puesto que había llenado su objeto, atrayendo al enemigo á sí y obligando á una parte de las fuerzas austriacas á trasladarse desde el alto al bajo Rhin. En su consecuencia, pensó que debía replegarse, y ordenó la retirada, que se efectuó con serenidad y aplomo; volvió á pasar á Neuwied y prescribió á Kléber que bajase hasta Dusseldorf á fin de pasar á la orilla izquierda, recomendándole que avanzara lentamente, sin empeñar combate alguno formal. Kléber, sin embargo, viéndose muy acosado en Ukerath, y dejándose llevar de su instinto guerrero, hizo frente un instante al enemigo, descargóle un golpe vigoroso, aunque inútil, y volvió después á su campamento atrincherado de Dusseldorf. Jourdan, avanzando para retroceder después, había desempeñado una misión enojosa en favor del ejército del Rhin. Los hombres poco instruidos podían, en efecto, considerar esta maniobra como una derrota; pero la abnegación de aquel valeroso general no conocía límites, y para tomar de nuevo la ofensiva, esperó á que el ejército del Rhin se hubiese

aprovechado del movimiento que acababa de hacer. Moreau, que había demostrado una prudencia, una firmeza y sangre fría notables en las operaciones de que se le había encargado hacia el Norte, lo preparaba todo para llenar dignamente su misión, habiendo resuelto pasar el Rin por Estrasburgo. Esta gran plaza era un excelente punto de partida, porque podía reunir allí un gran número de tropas.

Las islas cubiertas de bosque que cortan el curso del Rin en aquel punto favorecen el paso; el fuerte de Kehl, situado en la orilla derecha, era fácil de sorprender; una vez ocupado, se podía separarle y hacer uso de él para proteger el puente que se echara delante de Estrasburgo.

Hallándose todo dispuesto para este objeto y fija la atención de los enemigos en el bajo Rin, Moreau ordenó el 26 pradiar (14 de junio) un ataque general contra el campamento atrincherado de Manheim. Este ataque tenía por objeto fijar sobre aquel punto la atención del general Latour, que mandaba las tropas del alto Rin, bajo las órdenes del archiduque Carlos, y estrechar á los austriacos en su línea. Dirigido con habilidad y vigor, aquel ataque dió un buen resultado, é inmediatamente después Moreau encaminó una parte de sus fuerzas sobre Estrasburgo: circuló el rumor de que iban á Italia para reforzar el ejército, y se mandó preparar víveres en el Franco-Condado á fin de acreditar esta opinión. Otras tropas partieron de los alrededores de Huninga para bajar á Estrasburgo, y pretendióse que éstas iban de guarnición á Worms. Aquellos movimientos se concertaron de modo que todas las fuerzas llegaran al punto designado el 5 mesidor (23 de junio). En dicho día, en efecto, halláronse reunidos veintiocho mil hombres, ya en el polígono de Estrasburgo, ó bien en sus alrededores, al mando del general Desaix. Diez mil hombres debían intentar trasladarse á los alrededores de Gamsheim por más abajo de Estrasburgo, y quince mil recibieron orden de pasar desde dicha ciudad á Kehl. En la tarde del 5 mesidor (23 de junio), cerráronse las puertas de aquella ciudad para que no se pudiera comunicar al enemigo el aviso del paso, y por la noche se encaminaron las tropas silenciosamente hacia el río. Las barcas fueron conducidas al brazo Mabile, y desde aquí al Rin; la gran isla de Ehrlen-Rhin ofrecía un favorable intermedio para el paso, y las barcas dejaron en ella dos mil seiscientos hombres. Estos valerosos soldados, no queriendo sembrar la alarma con la explosión de las armas de fuego, acometieron á la bayoneta á las tropas diseminadas en la isla, persiguiéronlas y no las dieron tiempo para cortar los pequeños puentes que conducían desde la isla á la orilla derecha; cruzaron por estos puentes en seguimiento de los fugitivos, y aunque ni la artillería ni la caballería pudiesen seguirles, atreviéronse á penetrar solos en la gran llanura que bordea el río, aproximándose á Kehl.

El contingente de Suabia estaba acampado á poca distancia de allí, en Wilstett; y los destacamentos que llegaban, sobre todo de caballería, hacían peligrosa la situación de la infantería francesa que había osado desembarcar en la orilla derecha. No se vaciló en hacer volver las barcas que la habían transportado, comprometiéndose así su retirada para ir á buscar auxilios. Llegaron otras tropas, se avanzó contra Kehl, atacá-

ronse los atrincheramientos á la bayoneta y se tomaron. La artillería hallada en el fuerte se asestó al punto contra las tropas enemigas que llegaban de Wilstett y fueron rechazadas. Un puente echado entre Estrasburgo y Kehl, cuya construcción terminó el día siguiente 7 mesidor (25 junio), facilitó el paso á todo el ejército; los diez mil hombres enviados á Gamsheim no pudieron cruzar á causa de la crecida de las aguas, y remontaron á Estrasburgo, franqueando el río por el puente que se acababa de echar.

Esta operación había sido ejecutada secretamente, con precisión y audacia; pero la diseminación de las tropas austriacas desde Basilea hasta Manheim disminuía mucho la dificultad y el mérito. El príncipe de Condé se hallaba con tres mil ochocientos hombres hacia el Alto Rin, en Brisach; el contingente de Suabia, en número de siete mil quinientos hombres, estaba hacia Wilstett, á la altura de Estrasburgo, y ocho mil hombres, poco más ó menos, á las órdenes de Starrai, acampaban desde Estrasburgo hasta Manheim. Las fuerzas enemigas eran, pues, poco temibles en este punto; pero la ventaja misma consistía en el secreto del paso, y el secreto en la prudencia con que se preparó.

Esta situación ofrecía una oportunidad de obtener los más hermosos triunfos. Si Moreau hubiese operado con la rapidez del vencedor de Montenotte, podía caer sobre los cuerpos diseminados á lo largo del río, aniquilarlos uno después de otro, y hasta agobiar á Latour que repasaba desde Manheim sobre la orilla derecha, y que en aquel momento disponía cuando más de treinta y seis mil hombres. De este modo hubiera podido dejar fuera de combate á todo el ejército del Alto Rin, antes que al archiduque Carlos le fuese posible volver de las orillas del Lahn. La historia nos demuestra que la rapidez es todopoderosa en la guerra, como en las demás situaciones de la vida. Previendo al enemigo, le aniquila en detall; hiriendo con repetidos golpes, no le da tiempo para reponerse, le desmoraliza, privándole de la facultad de pensar y del valor. Sin embargo, esta rapidez de que acabamos de ver tan magníficos ejemplos en los Alpes y en el Po, supone más que la simple actividad, supone un gran objeto, un gran talento para concebirlo y grandes pasiones para osar pretenderlo. No se hace nada grande en el mundo sin las pasiones, sin el ardimiento y la audacia que comunican al pensamiento y al valor. Moreau, talento luminoso y sólido, no tenía esa fogosidad arrebatadora que en la tribuna y en la guerra, en todas las situaciones, fascina á los hombres y los conduce, á pesar suyo, á vastos fines.

Moreau empleó el intervalo comprendido del 7 á 10 mesidor (25-28 junio) para reunir sus divisiones en la orilla derecha del Rin. La de Saint-Cyr, que había dejado en Manheim, llegaba á marchas forzadas: esperando esta división, tenía á sus órdenes unos cincuenta y tres mil hombres y veía unos veinte mil diseminados á su alrededor. El 10 (28 de junio) mandó atacar á diez mil austriacos atrincherados sobre el Renchen, batiólos y les hizo ochocientos prisioneros: los restos de este cuerpo se incorporaron con Latour que remontaba la orilla derecha. El 12 (30 de junio), habiendo llegado Saint-Cyr, todo el ejército se halló más allá del río: presentaba una fuerza de setenta y un mil hombres, de los cuales sesenta y tres mil eran de infantería, y seis

mil de caballería, etc. Moreau dió el mandó de la derecha á Ferino, del centro á Saint-Cyr, y de la izquierda á Desaix: hallábase al pie de las Montañas Negras.

Los Alpes de Suabia forman un promontorio que, como sabemos, rechaza el Danubio hacia el Oriente y el Rin al Norte: á través de este promontorio serpentean el Nécker y el Mein para dirigirse al Rin; son montañas de mediana altura, cubiertas de bosque y cruzadas por angostos desfiladeros; el valle del Rin está separado del valle del Nécker por una cadena que llaman las Montañas Negras. Moreau, trasladado á la orilla derecha, hallábase á su pie, y debía franquearlas para salir al valle del Nécker. El contingente de Suabia y el cuerpo de ejército de Condé remontaban hacia Suiza para guardar los pasos superiores de las Montañas Negras. Latour, con el grueso de las fuerzas, volvía de Manheim á fin de custodiar los inferiores por Rastadt, Ettlingen y Pforzheim. Sin inconveniente alguno, Moreau podía prescindir de los destacamentos que se retiraban por la parte de Suiza y dirigirse con el grueso de sus fuerzas sobre Latour, á quien hubiera agobiado infaliblemente, y salir después vencedor al valle del Nécker, antes que el archiduque Carlos; pero como general prudente, confió á Ferino el cuidado de seguir con su derecha á los cuerpos destacados de Suabia y de Condé; dirigió á Saint-Cyr directamente, con el centro, hacia las montañas, para ocupar ciertas alturas, y costeó él mismo su pie á fin de bajar á Rastadt antes que Latour. Esta marcha era el doble resultado de su circunspección y del plan de Carnot: quería cubrirse por todas partes, y al mismo tiempo extender su línea hacia Suiza, á fin de estar dispuesto á sostener en los Alpes al ejército de Italia. Moreau se puso en movimiento el 12 (30 de junio); marchaba entre el Rin y las montañas por un país desigual, cruzado de bosques y torrentes, y como avanzaba con circunspección, no llegó á Rastadt hasta el 15 (3 de julio).

Aún era tiempo de batir á Latour, con quien no se había reunido todavía el archiduque Carlos.

Al saber este príncipe el paso, avanzó á marchas forzadas con veinticinco mil hombres de refuerzo, dejando treinta y seis mil sobre el Lahn y veintisiete mil delante de Maguncia para hacer frente á Jourdan, y confió el mando de todas estas fuerzas al general Wartensleben. Apresurábase cuanto podía; pero sus cabezas de columna se hallaban aún muy distantes; y Latour, después de haber dejado guarnición en Manheim, contaba cuando más con treinta y seis mil hombres. Hallábase situado sobre el Murg, que desagua en el Rin, teniendo su izquierda en Gerusbach, en las montañas; su centro al pie, hacia Kuppenheim, un poco delante del Murg; su derecha en la llanura, á lo largo de los bosques de Niederbulh, que se corren por la orilla del Rin, y su reserva en Rastadt. Hubiera sido una imprudencia de Latour aventurarse antes de la llegada del archiduque; pero como su posición le tranquilizaba, quería oponer resistencia para cubrir el gran camino que desde Rastadt va á desembocar en el Nécker.

Moreau no tenía consigo más que su izquierda; su centro, al mando de Saint-Cyr, había quedado atrás á fin de apoderarse de algunos puntos en las Montañas Negras; y esta circunstancia compensaba la desigualdad de las fuerzas. El 17 (5 julio) atacó á Latour. Las tropas

se condujeron con gran valor, y apoderándose de la posición de Gerusbach, en lo alto del Murg, penetraron después en Kuppenheim, hacia el centro de la posición enemiga. Sin embargo, en la llanura no pudieron desembocar sin trabajo sus divisiones, á causa del fuego de la artillería y de la numerosa caballería austriaca. A pesar de esto se llegó á Niederbulh y Rastadt, y consiguieron hacerse dueños del Murg en todos los puntos: el número de prisioneros fué de unos mil.

Moreau se detuvo en el campo de batalla, sin querer perseguir al enemigo: el archiduque Carlos no había



Moreau

llegado, y aún le hubiera sido posible arrollar á Latour; pero como sus tropas estaban fatigadas, y comprendía la necesidad de reunirse con Saint-Cyr á fin de operar con mayores fuerzas, esperó hasta el 21 mesidor (9 de julio) antes de empeñar un nuevo ataque. Este intervalo de cuatro días permitió al archiduque llegar con un refuerzo de veinticinco mil hombres y al enemigo combatir con fuerzas iguales.

La posición respectiva de ambos ejércitos era casi la misma: hallábanse los dos en línea perpendicular al Rin, una ala en las montañas, el centro en el pie y la izquierda en la llanura pantanosa y cubierta de bosque que bordea el río. Moreau, que se ilustraba lentamente, aunque siempre á tiempo, porque conservaba la calma necesaria para corregir sus faltas, había comprendido, al combatir en Rastadt, la importancia de dirigir sus principales fuerzas á las montañas.

En efecto, el que era dueño de ellas tenía las salidas al valle del Nécker, objeto principal que se disputaba; y además podía flanquear á su enemigo, impeliéndole al Rin. Moreau tenía una razón más para combatir en las montañas, y era la superioridad de su infantería

y la inferioridad de su caballería. El archiduque comprendía como él la importancia de situarse, pero con sus numerosos escuadrones tenía también una razón para mantenerse en la llanura. Rectificó la posición tomada por Latour; envió á los sajones á las montañas para flanquear á Moreau; hizo reforzar la meseta de Rothensol, donde se apoyaba su izquierda; desplegó su centro al pie de las montañas, por delante de Malsch, é hizo lo mismo con su caballería en la llanura. Propóníase atacar el 22 (10 de julio), pero se anticipó á él Moreau atacando el 21 (9 de julio).

El general Saint-Cyr, con quien ya se había reunido Moreau, y que formaba la derecha, atacó la meseta de Rothensol, desplegando allí esa precisión, esa destreza en las maniobras que le distinguieron durante su magna carrera. No habiendo podido desalojar al enemigo de una posición formidable, rodeóle de tiradores, dió orden de intentar una carga, y simuló una fuga, para inducir á los austriacos á dejar su posición y lanzarse en seguimiento de los franceses. Esta maniobra dió buen resultado: los austriacos, viendo á los franceses avanzar y después huir, precipitáronse detrás de ellos: el general Saint-Cyr, que tenía tropas preparadas, lanzólas contra el enemigo que había abandonado su posición y se hizo dueño de la meseta. Desde aquel momento siguió avanzando, intimidó á los sajones destinados á flanquear nuestra derecha y obligóles á replegarse. En Malsch, en el centro, Desaix empuñó un vivo combate con los austriacos, tomó y perdió dicho pueblo, y dió fin á la jornada dirigiéndose sobre las últimas alturas que costean el pie de las montañas. En la llanura no entró en acción nuestra caballería, y Moreau la tuvo en el lindero del bosque.

La batalla quedó, pues, indecisa, excepto en las montañas; pero este era el punto importante, pues prosiguiendo su victoria, Moreau podía extender su ala derecha alrededor del archiduque, tomar las salidas del valle del Nécker y rechazarle hacia el Rhin. También es verdad que el archiduque, á su vez, si perdía las montañas, que eran su base, podía hacer perder á Moreau el Rhin, que era la nuestra; y renovando su esfuerzo en la llanura, avanzar á lo largo del río, y dejar á Moreau fuera de posición. En tales ocasiones, el menos audaz es el más comprometido, y el que se cree cortado lo está en efecto. El archiduque creyó deber retirarse para no comprometer, por un movimiento aventurado, la monarquía austriaca, que sólo tenía su ejército por apoyo. Se ha vituperado esta resolución, que llevaba consigo la retirada de los ejércitos imperiales, exponiendo á la Alemania á una invasión. Se pueden admirar esas magníficas y últimas audacias del genio, que dan grandes resultados á costa de grandes peligros; mas no se ha de erigirlas en ley. Sólo la prudencia es un deber en una situación como la del archiduque, y no se le puede censurar por haber emprendido la retirada para adelantarse á Moreau en el valle del Nécker á fin de proteger así los Estados hereditarios.

En efecto, acto continuo adoptó la resolución de abandonar la Alemania, que con ninguna línea se podía cubrir, y de seguir, remontando el Mein y el Nécker, á la gran línea de los Estados hereditarios, la del Danubio: este río, protegido por las dos plazas de Ulm y de Ratisbona, era el más seguro baluarte de Austria: con-

centrando allí sus fuerzas, el archiduque estaba en su casa, situado sobre un gran río, con fuerzas iguales á las del enemigo, y la facultad de maniobrar en ambas orillas, agobiando á uno de los dos ejércitos invasores. El enemigo, por el contrario, hallábase muy lejos de su país, á una distancia inmensa de su base, sin esa superioridad de fuerzas que compensa el peligro del alejamiento, con la desventaja de tener que atravesar un país espantoso para invadirle y volverse; y, en fin, con el inconveniente de estar dividido en dos cuerpos y mandado por dos generales. Así, pues, los imperiales ganaban, al acercarse al Danubio, todo lo que perdían los franceses; mas para asegurar todas estas ventajas, el archiduque debía llegar sin derrota al Danubio, y después retirarse con firmeza, sin exponerse á ningún encuentro.

Después de haber dejado guarnición en Maguncia, en Ehrenbreitstein, en Casel y Manheim, mandó á Wartensleben que se retirase palmo á palmo por el valle del Mein para ganar el Danubio, y trabando diariamente alguna refriega á fin de conservar la disciplina de sus tropas, pero no tanto que las comprometiese en una acción general. Él mismo hizo otro tanto con su ejército; dirigióle desde Pforzheim al valle del Nécker, y no se detuvo sino el tiempo necesario para reunir sus parques y darles tiempo de retirarse. Wartensleben se replegaba con treinta mil infantes y quince mil caballos, y el archiduque con cuarenta mil hombres de infantería y diez y ocho mil de caballería, lo que formaba en todo un total de ciento tres mil hombres. Los demás se hallaban en las plazas, ó habían desfilado por el alto Rhin en Suiza, delante del general Ferino que mandaba la derecha de Moreau.

Así que este último decidió la retirada de los austriacos, el ejército de Jourdan pasó de nuevo el Rhin por Dusseldorf y Neuwied, maniobrando como lo había hecho siempre, y se dirigió á Lanh para salir en seguida al valle del Mein. Adelantáronse, pues, en dos columnas los ejércitos franceses á lo largo del Mein y el Nécker en persecución de los ejércitos imperiales que hacían una brillante retirada. Los numerosos escuadrones austriacos, defendiendo la retaguardia, imponían con su masa, resguardaban á su infantería é inutilizaban cuantos esfuerzos hacíamos para alcanzarla. Moreau, que no tenía nada á que atender, al salir del Rhin, marchaba con setenta y un mil hombres. Jourdan, que debió bloquear á Maguncia, Cassel, Ehrenbreitstein y destinar veintisiete mil hombres á estas operaciones, sólo marchaba con cuarenta y seis mil, y no era aún superior á Wartensleben.

Conforme al plan vicioso de Carnot, era preciso rebasar las alas del enemigo, es decir, alejarse del punto esencial, que era la reunión de los dos ejércitos. Esta reunión hubiera permitido destinar al Danubio una masa de ciento quince ó ciento veinte mil hombres, masa terrible y enorme, que hubiera desbaratado todos los cálculos del archiduque, inutilizado sus esfuerzos para concentrarse, pasado el Danubio á su vista, apoderándose de Ulm, y desde esta base amenazado á Viena y conmovido el trono imperial (1).

(1) Deben leerse acerca de esto las reflexiones que hizo Napoleón, apoyadas con tan brillantes ejemplos.

Conformándose con el plan de Carnot, Moreau debía apoyarse en el alto Rhin y el alto Danubio y Jourdan hacia la Bohemia. Otra razón se daba á Moreau para apoyarse en este punto, que era la posibilidad de comunicar por medio del Tirol con el ejército de Italia; lo cual suponía la ejecución del gigantesco plan de Bonaparte, justamente desaprobado por el Directorio. Como Moreau quería al mismo tiempo no separarse mucho de Jourdan, dándole la mano izquierda mientras que él tenía la derecha al ejército de Italia, viósele ocupar en las orillas del Nécker una línea de cincuenta leguas. Jourdan, por su parte, encargado de flanquear á Wartensleben, veíase en la precisión de alejarse de Moreau; y como Wartensleben, general rutinario, no comprendía en nada el pensamiento del archiduque, y en vez de acercarse al Danubio dirigíase hacia Bohemia para protegerla, Jourdan debía extenderse siempre más. Así, pues, veíase á los ejércitos enemigos hacer, cada uno por su parte, lo contrario de lo que debían haber hecho; pero existía una diferencia entre Wartensleben y Jourdan, y era que el primero faltaba á una orden muy acertada, mientras el segundo estaba obligado á seguir una mala. La falta de Wartensleben era suya propia y la de Jourdan del director Carnot.

Moreau empuñó un combate en Canstadt para el paso del Nécker, y se internó después en los desfiladeros del Alb, cordillera que separa el Nécker del Danubio, como lo separan del Rhin las Montañas Negras. Atravesó estos desfiladeros y desembocó en el valle del Danubio á mediados de termidor (fines de julio), después de un mes de marcha. Jourdan, cuando hubo pasado desde las orillas del Lahn á las del Mein, y luego de haber dado una acción en Friedberg, se detuvo delante de la ciudad de Francfort, á la que amenazó con

un bombardeo si no se le entregaba inmediatamente. Los austriacos no consintieron en ello sino á condición de un armisticio de dos días, lo cual les permitía atravesar el Mein, adquiriendo considerable ventaja, pero salvaban una ciudad interesante, cuyos recursos podían ser útiles al ejército. Accedió Jourdan á la condición y se entregó la plaza el 28 mesidor (16 de julio). Impuso Jourdan contribuciones á esta ciudad, pero con tanta moderación que desagradaron al ejército los miramientos que guardaba con un país enemigo. El rumor de la opulencia con que vivía el ejército de Italia había exaltado los ánimos, que querían vivir lo mismo en Alemania.

Jourdan subió después por el Mein, se apoderó de Wurtzburgo el 7 termidor (25 de julio), saliendo después por más allá de las montañas de Suabia, en las orillas del Naab, que se precipita en el Danubio. Se hallaba, con corta diferencia, en la misma altura y al mismo tiempo que Moreau, es decir, á mediados de termidor (principios de agosto). La Suabia y la Sajonia habían accedido á la neutralidad, enviando á París agentes que tratasen de la paz y allanándose á las contribuciones. Retiraron sus ejércitos y disminuyeron así el austriaco en unos doce mil hombres, que á la verdad valían muy poco porque se batían sin entusiasmo.

De este modo se hallaban nuestros ejércitos á mediados del estío dueños de la mitad de la Alemania, pues la habían invadido hasta el Danubio, y amenazaban á la Europa. También hacía dos meses que la Vendée estaba sometida, y se podían destacar de los cien mil hombres esparcidos por el Oeste cincuenta mil por lo menos para destinarlos donde fuesen necesarios, con todo lo cual quedaban gloriosamente cumplidas las promesas del Directorio.